

PERFIL DEL HOMBRE «LIGHT»

Por Enrique ROJAS

A CABA de aparecer hace unas semanas mi libro «El hombre light». Se trata de un ensayo en el que he querido utilizar el adjetivo «light» inglés en su sentido originario y referido a cierto tipo de productos alimenticios: la coca-cola sin cafeína, la cerveza sin alcohol, la manteca sin grasa, el azúcar sin glucosa... y el hombre sin sustancia, ligero, casi vacío, hueco por dentro, con mucha fachada y escaso fondo.

Esta palabra se puso de moda en Estados Unidos hacia los años ochenta de la mano de los «joggings» y los gimnasios. Pronto llegó a Europa y se extendió por todo el mundo... Lo «light» lleva implícito un verdadero mensaje: todo ligero, suave, a su gusto, descafeinado, liviano, etéreo, débil, reducido, amortiguado en su contenido. Así es ese nuevo tipo humano de la sociedad rica de Occidente. El colesterol es el nuevo signo de los tiempos. En una sociedad que ha perdido el rumbo, todo está rebajado y el hombre se ofrece como un saldo final de serie.

En Occidente podemos hablar de indiferencia por saturación. Hay de todo en exceso. Después de haber viajado por los países del este de Europa y algún otro como Cuba, podemos decir que aquí nos sobra de casi todo. En este clima psicológico, ha ido brotando en los últimos años un nuevo modelo de hombre que puede quedar definido así: se trata de una persona indiferente, que no se aferra a nada que no sea el dinero, el poder, el éxito, el triunfo, el sexo, el narcisismo o el pasarlo bien como máximo objetivo y sin restricciones. Ya no tiene verdades absolutas, ni certezas firmes. Eso sí, quiere mucha información, leer muchos periódicos y revistas para saber qué está pasando. Pero esa información no es formativa, no le ayuda a ser una persona mejor, más completa y humana. Se trata sólo de recibir noticias, pero sin más pretensiones y por supuesto, sin capacidad para hacer una síntesis de lo que le llega de aquí y de allá.

¿Cuáles son sus principales características? Desde mi punto de vista tiene cuatro ingredientes fundamentales. Es hedonista: está centrado en el placer y en disfrutar de la vida a cualquier precio. Porque un dato de salud mental es la capacidad para saborear la vida. Pero aquí lo que se produce es una hipertrofia de eso. De aquí se deriva el consumismo: lo esencial es tener y no ser; cuadra bien aquí aquella expresión del lenguaje vulgar que dice: «tanto tienes tanto vales». El ideal de consumo es el nuevo emblema, el cual no tiene otro horizonte que la continua sustitución de unos objetos por otros cada vez mejores. Todo invita al deseo impulsivo de comprar.

Además otro rasgo definidor es la permisividad: ya no hay prohibiciones ni territorios vedados, ni limitaciones. Se aterriza así en una revolución sin finalidad y sin programa, sin vencedores ni vencidos. De este modo todo se va envolviendo en un paulatino escepticismo. Es la metafísica de la nada, por muerte casi total de los ideales y la superabundancia de todo. De aquí emerge el relativismo, hijo natural de la permisividad. Todo juicio queda suspendido y flota sin asideros. El relativismo es el nuevo código ético. Todo depende, cualquier análisis que se practique es positivo y negativo, puede ser bueno y malo. Depende. Nos encontramos así con un nuevo absoluto, que todo es relativo. De esta tolerancia interminable nace la indiferencia

pura. La verdad viene impuesta por consenso. Eso es lo válido.

El hombre «light» se desliza por una rampa tejida por el hedonismo, el consumismo, la permisividad y el relativismo, todo lo cual le lleva a una experiencia de vacío singular. Porque teniendo casi todo, no es feliz. Lo que da la felicidad es llevar una vida coherente, con argumentos sólidos, llamándole al amor, trabajo y cultura por su verdadero nombre. Y no, llamando al sexo, amor; a la hipertrofia profesional desbordante, trabajo; y a pasarse el tiempo delante de la televisión y leyendo revistas y periódicos, cultura.

En el hombre «light» la moda es el eje de la cultura. Estamos así ante un sujeto esencialmente frívolo, sin preocupaciones ideológicas, ni inquietudes culturales. Gilles Lipovetski dice que estamos en «el siglo de la seducción y de lo efímero». Hay una nueva regla ahora: la superficialidad. Una persona que tiene cada vez más fachada y menos fondo. De ahí la desorbitada importancia de la imagen.

El pensamiento del hombre «light» es débil, inconsistente, sus convicciones no tienen firmeza porque están cogidas por unos hilos demasiado poco resistentes; asepsia en los compromisos, indiferencia «sui generis» entremezclada de curiosidad y relativismo... quiere saberlo todo, pero no para cambiar o mejorar personalmente, sino simplemente para saber qué está pasando y nada más. Su ideología es el pragmatismo. Su norma social: lo que se lleva en ese momento. Su ética: una mezcla de permisividad y relativismo. Su moral está confeccionada a base de reglas de urbanidad.

En suma, un hombre sin referente. Que no apunta a ninguna meta, ni tiene un sentido argumental en su trayectoria. No sabe a dónde, ni tampoco le importa. Se trata de rebajar toda exigencia como sea, alcanzando así una tolerancia absoluta. Nos dice Guy Debord en su libro «La sociedad del espectáculo»: «La discusión actual está vacía, lo importante es estar con gente divertida y pasarlo bien.» Esta apabullante conducta es sobre todo epidérmica. Socialización de la trivialidad.

Una sociedad cada vez más complicada y difícil de esquematizar en unos cuantos perfiles. Surgen un tropel de nuevos envites inesperados y caleidoscópicos, que configuran un paisaje variopinto con singularidades muy especiales, en donde las fronteras entre lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo, se han borrado.

Leo hace unos días en una revista especializada de psiquiatría que el índice de suicidios sigue ascendiendo en Europa Occidental sobre todo. Incluso está a debate el invento del

doctor Kevorkian sobre la máquina de la muerte. A su lado hay que poner el libro del doctor Derek Humphrey, «La salida final»

o «Manual para suicidarse», que es un inventario de formas y estilos para una autoagresión que acabe con la vida propia. El libro ha estado en las listas de los «best-seller» americanos durante algunos meses. Ambos hechos son comprensibles dada la futilidad en la que ha entrado buena parte de la humanidad opulenta de Occidente.

Esto contrasta, por otra parte, con una observación que me parece importante: Hoy se vive —en buena medida— de espaldas a la muerte, como si ésta no existiera. Cambian los contenidos. Ahora se da el tabú de la muerte junto a una exaltación de lo erótico y sexual. Estamos en la era de la indiferencia. Si la vida estorba, se arranca. Y como no podemos hacer lo mismo con la muerte, la borramos psicológicamente de los temas a tratar. No es tanto la autodestrucción lo que late aquí, como una enfermedad de la

mayoría: haber vanalizado la existencia, rebajándola y haciendo que el ser humano «esté harto» de estar vacío, hueco, lleno de aire, oscilando entre la teatralidad de los medios de comunicación y una apatía hecha de tibieza, escepticismo y ambigüedad.

Tenemos así un hombre demasiado vulnerable. Hay un cansancio por vivir, pero no como consecuencia de un agotamiento real por llevar muchas tareas hacia delante, sino porque así no se puede interpretar la existencia.

Frente a este hombre frágil, evanescente, que flota a la deriva, yo opongo el hombre sólido, para el cual la vida tiene sabor y es arriesgada porque es capaz de comprometerse. Aspira a los valores, entre los cuales sobresale el otro. Si la patria del hombre son sus ilusiones, sus puntos de referencia no se quedan en el egoísmo envolvente de un yo repleto de sí mismo, antes al contrario, va buscando lo trascendente. «Trans» y «scende», que significa «atravesar subiendo». Porque el progreso material no puede colmar por sí mismo las aspiraciones humanas. Es más, todo avance material que no se desarrolle con un fondo moral, no ayuda a mejorar al hombre concreto, sino que termina por dosificarlo de alguna manera.

Imbuir unos valores imperecederos. Esa es la tarea para salir de estas coordenadas. Teniendo unos códigos de conducta amplios, abiertos, pero con perfiles nítidos, que hagan al hombre más humano, más digno, con una cultura que es criterio y conocimiento para la acción. En definitiva: un hombre más libre, con menos ataduras, capaz de volar alto. Ahí se inician los hombres de vuelo superior.

Mientras el «hombre light» quiere la felicidad a la carta, rápidamente, sin renunciar a nada el «hombre sólido» se compromete, pretende ser coherente, aunque esto le obligue a la impopularidad, quiere ser profundo, sabio, fuerte moralmente. El «hombre light» avanza en todo, menos en lo esencial. El «hombre sólido» ha superado el cinismo y la moral pragmática y es capaz de espiritualidad: descubriendo lo bello, noble y grande que hay en la existencia.



Enrique Rojas
Catedrático
de Psiquiatría

¿QUIERE PONER UN NEGOCIO?

Busque local en la sección
de Anuncios por palabras
de ABC

